

22G - 22H

Llevaban dos horas sentados uno al lado del otro en aquel vuelo internacional. Se gustaron desde el momento en que él le ayudó a guardar su bolso en el maletero. Ella miraba por la ventanilla con los ojos apuntando hacia la nada y la mente llena de ideas calientes. Él solo ansiaba que ella volviera a pedirle permiso para pasar, esa intensa cercanía banal de un inocente roce de piernas, le seducía en extremo.

Siete mil doscientos segundos desde las primeras palabras cruzadas. "Hola. ¿Te ayudo? Si, muchas gracias". Pero las miradas dijeron mucho más. Un agudo deseo inexplicable les impidió volver a observarse sin que ella se sonrojara y él tuviera una idiota expresión de nerviosismo en su rostro. Sonidos toscos de forzadas toses al limpiar tensas gargantas, llenaban el aire a su alrededor. No hubo una palabra, un gesto ni un mero símbolo capaz de romper la cortina virtual de aparente indiferencia que crecía entre ambos. Por algún bizarro instinto sabían que esos sentimientos nuevos eran correspondidos, haciendo que aumentara la cruel tensión.

La música funcional sonaba hueca en sus oídos, las películas de moda no eran lo suficientemente atrapantes como para distraer aquellas afiebradas entrañas. Hasta los dedos índices rozando las pantallas de las tabletas, se convirtieron en sensuales bailarines sobre hielo.

El momento de él llegó. Las azafatas anunciaron que servirían la cena y ella se apuró en ir hacia los sanitarios. En el intento de no mirarlo a los ojos, ella prefirió darle la espalda al pasar por ese escaso lugar entre sus masculinas piernas y el respaldar contrario. El oscuro pantalón ajustado de fina manufactura, marcaba todos los atributos en la figura de la muchacha. Torpe por los nervios, golpeó las rodillas de su acompañante en repetidas ocasiones mientras pedía apáticas disculpas. Él intentó desviar la mirada pero fue en vano, unas sutiles líneas negras dibujaban la piel

expuesta de esa ardiente cintura, pequeñas partes de un erótico tatuaje tribal quedaron expuestas. Oscuros trazos que parecían trepar desde las profundidades de los glúteos en aquel contorno fatal, se instalaron para siempre en las dilatadas pupilas de él.

Una pequeña gota de sudor escapó de su cabello y recorrió la mejilla hasta perderse en las fibras de su camisa importada. Apretó con fuerzas los apoyabrazos tratando de controlar sus bajos instintos. Una voz interna le gritaba que la siguiera, entrara al baño y escudado en los pasionales impulsos que los poseían, le hiciera el amor sin miramientos. Sus anchas mandíbulas se entumecieron, mordía con fuerza conteniendo su potencial arrebatado.

Lamentablemente para él, aún no había sucedido lo peor en aquel fugaz momento de batallas íntimas. Ella tenía que volver y encima lo hizo apurada. Intentaba evitar quedar atascada en el pasillo por el carro que contiene los alimentos. El ímpetu en los movimientos, sumado a los cordiales retos de la azafata, le hicieron trastabillar. Su mano izquierda se posó torpemente en medio del fornido pecho del tácito amante pasajero. Una reacción instintiva de protección masculina, llevó ambas manos del hombre hacia las caderas de ella. La presión fue perfecta, la precisión impecable. Contuvo el traspié y erizó la piel femenina hasta los rincones más recónditos.

Comieron en silencio, aunque se animaron a intercambiar un par de tímidas sonrisas donde ella quedaba hipnotizada por su boca. Soñaba despierta con morder esos labios. Luego de que les retiraran las bandejas, cada uno se acomodó en lados opuestos de las butacas e intentaron conciliar el sueño.

Descansaron algunas horas en incómodas posiciones, hasta que una dulce voz los despertó anunciando el inicio del descenso hacia el aeropuerto de destino. Él abrió lentamente sus ojos, para anonadado descubrir que ella aún dormía plácidamente,

reposando su larga cabellera sobre el mullido hombro varonil, mientras le rodeaba el brazo y le tomaba de la mano. No podía salir del asombro cuando los aromas florales que se desprendían de aquella anhelada piel, consiguieron un súbito aumento del ritmo cardíaco.

Utilizando su mano izquierda, suavemente corrió aquellos cabellos que le cubrían el rostro a la hermosa muchacha. Acarició el terso cutis de su rostro y con su penetrante voz le habló sensualmente al oído para despertarla. Ella se reincorporó con una enorme sonrisa mientras estiraba sus entumecidos músculos. Sin darse cuenta, ambos no dejaban de sujetar sus manos. Dedos entrelazados como símbolo de total entrega, mantenían la temperatura de sus espíritus. La sangre corrió con velocidad por las venas de los dos, un tono rojizo inundó las mejillas y una incontrolable vergüenza acabó con el mágico momento. Los imaginarios amantes decidieron mantenerse estáticos hasta el momento de abandonar el avión.

Él caminó detrás de ella en todo el recorrido hasta el área de equipaje. Buscaba rozarla con cada empujón recibido por la desesperada muchedumbre que intenta apurar lo imposible. Ella disfrutaba cada contacto casual, cada caricia accidental. Cientos de metros en vertiginosa peregrinación y nunca estuvieron distanciados más de unas decenas de centímetros.

El fortuito orden en la llegada de las valijas, invirtió al gato y al ratón. El soberbio victimario paso a ser la presa indefensa de un insaciable deseo femenino. Ella se regocijaba intensamente al verlo caminar. Devoraba con sus pensamientos aquella ancha espalda, las potentes piernas y el magnífico porte al andar. Recordó de pronto el olor de su fragancia al despertar, la calidez de su cuerpo, la profundidad de su voz. Un vigoroso ardor subió desde su intimidad de mujer y la situación se volvió irreprimible.

Acelerando el paso, logró rebasarlo para dirigirse hacia el sector de sanitarios. Sus ojos se encontraron en un enérgico choque de lujuria desenfrenada. Un claro gesto femenino hizo explotar la cabeza masculina y él, enceguecido por el deseo la siguió directo al baño de mujeres. La intensidad en los besos, la firmeza en las caricias y las sensaciones en la piel, convirtieron una simple aventura en una experiencia trascendental. Juntos, fundidos en un solo ente de amor transitorio, perdieron la noción del tiempo en aquel mágico momento de pasional insania.

Escaparon con lo justo de los guardias de seguridad, que alertados por alguna irritada usuaria de los uriniales, fueron en grupo a detenerlos. Trazaron pasos veloces, mientras intercambiaban cómplices risas a lo largo del tramo final hasta las cabinas de migraciones.

La paradoja entre ciudadanos y extranjeros los separó por primera vez en muchas horas. Ella se liberó primero. Él la siguió con la mirada inquietada hasta perderla de vista. El gigantesco lobby de recepción en aquel moderno aeropuerto estaba repleto. Una aguja en un pajar, una incipiente relación en una vida llena de decepciones, una descontrolada aventura en una agobiante supervivencia rutinaria. Desesperado corrió hasta la puerta de salida. Inspeccionó los cuatro puntos cardinales y no logró encontrarla. El tumulto de personas inmersas en sus egoístas trivialidades impedía percibir la luz de su flamante amada. Hombros caídos, ojos vidriosos y labios entumecidos quedaron perdidos en un mar de banales movimientos ajenos. La esperanza se desvanecía junto con los colores del lluvioso paisaje gris.

Un taxi se detuvo cuidadosamente. Una puerta se abrió con vehemencia. Gestos femeninos que explotan cerebros masculinos. La resurrección de las pasiones. El falso cuero que tapizaba el gastado asiento fue la nueva víctima del frenesí en los amantes.

Matías Sánchez